

## 9º Capítulo del Abad General M-G. Lepori OCist para el CFM - 03.09.2014

Se podría hacer toda una búsqueda en la Regla de san Benito para ver cómo para él la verdadera culpa del monje, la verdadera negligencia, el verdadero pecado, como decía el otro día, es siempre un esconderse del Señor, como Adán después del pecado. El verdadero pecado no es que seamos pecadores, sino que nos escondemos del Padre misericordioso que nos busca para perdonarnos y amarnos. Esta búsqueda en la Regla podréis hacerla vosotros mismos, no tanto en el texto sino examinándoos en el vivir en vuestra comunidad. Cuántas veces y de cuántas formas nos escondemos, no nos dejamos encontrar por el Señor. Pensemos en todos los pensamientos negativos, irreales y orgullosos escondidos, en las murmuraciones interiores que san Benito condena tan fuertemente. Pensemos e cómo nos apartamos con frecuencia de lo que nos pide la comunidad, o un hermano en particular, una hermana en particular, o el huésped, o el enfermo, en resumen, en Cristo que nos pide en el prójimo amor y atención. Pensemos de qué forma nos escondemos de la presencia de Dios en el Oficio divino, en la Eucaristía, con tantas distracciones. Pensemos en cuánto nos escondemos de todo lo que los superiores o la comunidad querrían de nosotros, con nuestra actitud cerrada, nuestro carácter, nuestras actividades o perezas preferidas...

Pensar en todo esto como un “esconderse del Señor” es una buena ayuda, nos ayuda a dar un juicio justo sobre cómo vivimos, y nos ayuda también a entender cuál puede ser nuestra salvación, qué camino debemos hacer para salir del escondite y dejarnos encontrar por el Señor. Cuando nos dejamos encontrar por Dios, incluso feos y sucios, es Él quien nos cambia. Nuestro escondernos impedía al Señor el transformarnos con la luz de su Rostro, con el don de su Corazón.

“Tú me has robado el corazón,  
hermana mía, esposa,  
¡tú me has robado el corazón  
con una sola de tus miradas!” (Ct 4,9)

Cuando, rezando Maitines en el Calvario en Jerusalén, sentí como dicha por Cristo para mí esta frase del Cantar, sentí nacer en mí un gran silencio, y un profundo sentido del Misterio. Era como encontrarse de repente en el centro de la cuestión, en el centro de la vida, en el centro de la humanidad, en el centro de Dios, en el centro de todo.

La Basílica del Santo Sepulcro es un lugar increíble, donde, en cierta manera, hay todo y sucede de todo. Pudiendo vivir en la comunidad franciscana durante diez días, me parecía que aquel lugar fuera el punto en el que todo lo que sucede en el mundo se encuentra en una unidad tensa, parecido a lo que ocurre después de una operación cuando todos los tejidos del cuerpo tiran de la herida, cosida y abierta al mismo tiempo. Una tensión sana, la de las confesiones cristianas presentes en el Santo Sepulcro, sana porque si se la percibe, es porque se está presentes, porque si se “toca”, queramos o no, estamos allí juntos, y el centro del mundo y de la fe no

puede ser trasladado, dividido, como lugar, como punto. Quizá se saquen fuera quintales de roca del Calvario y del Santo Sepulcro, pero el lugar, el punto del acontecimiento, permanece allí. Quizá incluso solo simbólicamente, pero permanece allí. Uno puede trasladar todo lo que quiera, pero el lugar no se cambia. Y todos, si queremos estar allí, en un punto tan preciso y puntual, estamos obligados, queramos o no, a estar juntos. Se litigará, se luchará hasta los golpes por conquistar espacio, o, más bien, tiempo en el espacio, pero allí se debe estar, y estando allí se está al lado del otro, se está expuesto al encuentro con el otro, a veces al desencuentro. Por otra parte, he experimentado en esos días que hay mucha más armonía y fraternidad entre las confesiones de lo que se nos quiere hacer creer.

Cuando me impresionó aquella frase del Cantar, entre otras cosas, no me di cuenta que estaba sentado en una silla reservada a un monje ortodoxo, un verdadero oso, físicamente y de carácter, pero que me dejó amablemente tranquilo. Cerca se sucedía febrilmente las Stas. Misas que los diversos grupos católicos de peregrinos pueden y deben celebrar en aquellas horas.

En medio de toda esta “confusión” religiosa, aquella frase me llevó al centro, y también lo personalizó. No se trataba ya de puestos, lugares, piedras, o sillas, ni siquiera de altares. **En el centro del mundo hay Alguien que vive, muere y resucita para darnos su Corazón.**

Y rápidamente me dije: ¡Pero qué poco pido a Cristo! ¡Qué poco me dejo regalar por Cristo! Rezo, trabajo, medito, leo, me encuentro con gente, celebro cada día la Eucaristía, recito o canto fielmente el Oficio monástico, estoy bautizado, confirmado, soy monje, sacerdote, abad, vivo en una comunidad desde hace casi 36 años, antes como laico y después en el monasterio... Y, en todo esto, ¡qué poco pido a Cristo, qué poco me dejo regalar por Él, qué poco me dejo regalar... Él!

Y he aquí que de repente Él me dice, y habría podido no oír ni siquiera esta vez esta palabra del Cantar, quizá cuántas veces leída y también meditada, Él me dice que su Corazón está a disposición, está al alcance de la mano, aún más, que basta una mirada para cogerlo, para “robarlo”. Todas son imágenes, incluso la del Corazón, pero expresan la esencia de la experiencia cristiana, del acontecimiento cristiano, y es como el punto del que surge todo lo demás. Un punto que es urgente recuperar, que siempre es urgente de recuperar. Me doy cuenta de esto al visitar los monasterios, en los encuentros con monjes y monjas de diversos países y culturas, con muchos laicos y también con sacerdotes y obispos.

A menudo se dice que hay necesidad de espiritualidad. Yo, como decía, prefiero decir que en la Iglesia hay necesidad de *mística*, es decir, de *encontrar un nivel y una dimensión de la experiencia de Dios y de la fe, y de nosotros mismos, que nos lleve al punto gratuito y de manantial del comunicarse de Dios a la humanidad, en Cristo muerto y resucitado por nosotros*. Hay necesidad de mística para vivir los sacramentos, para vivir la comunión fraterna en comunidad, para vivir la misión, el ministerio, para vivir la *lectio divina*, para vivir el testimonio, y para vivir todos

los aspectos de la condición humana que Cristo ha venido a salvar, a transfigurar en posibilidad de vida eterna en esta vida. Hay necesidad de algo que encienda todo esto, de enfocar el punto de ascensión que puede inflamar todo. En otras palabras, hay necesidad, tenemos necesidad, de encontrar a Jesucristo y de vivir una comunión con Él tal que permita a su vida convertirse en la nuestra, a su amor ser el nuestro, a su oración ser la nuestra.

Evidentemente, no estoy hablando de cosas nuevas. San Juan, san Pablo, san Pedro, los Evangelios, nos piden esto desde hace 2000 años, por no hablar de los Salmos, de los Profetas. "Estoy crucificado con Cristo, vivo yo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí. Y mi vida de ahora en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó hasta entregarse por mí. No anulo la gracia de Dios" (Gál 2,19-21).

Esta experiencia, quizá la hace uno sobre todo en los sacramentos, otros quizá sobre todo meditando la Palabra de Dios, otros en la caridad fraterna, otros pasando por la prueba de la enfermedad, de la fragilidad, del pecado perdonado... Pero cuando Jesús nos dice: "Tú me has robado el corazón con una sola de tus miradas", pienso que podemos vislumbrar en estas palabras la descripción de la *experiencia mística fundamental* que subyace en todas las dimensiones y formas del encuentro y de la relación con Cristo que vive en nosotros. Por esto creo que vale la pena el buscar profundizar en ella.